

TEMPLO HERMANA TERESA



"Sé Tú Mismo"

09/08/2025

“Sé Tú Mismo”

Queridos hermanos, hermanas, amigos y amigas en la vida y en la fe:

Vivimos en un tiempo en el que las apariencias, las opiniones ajenas y la necesidad de aceptación han llegado a ocupar un lugar desproporcionado en nuestras vidas. Un tiempo donde muchas veces la verdad interior ha sido sustituida por la necesidad de agradar, de encajar, de ser valorados por lo que mostramos, y no por lo que verdaderamente somos.

Por eso, hoy queremos invitarles a detenerse. A detenerse y a reflexionar profundamente en esta frase sencilla pero poderosa que Carlos nos ha compartido y que dice:

“Hay que despertar y ser auténticos. No más máscaras. Sé tú mismo, no te disfraces.”

¿Qué significa despertar?

Despertar no es solo abrir los ojos por la mañana. Es abrir los ojos del alma. Es salir del letargo del conformismo, de la rutina sin sentido, del actuar por costumbre o por presión. Despertar es tomar conciencia de quién somos y cómo estamos viviendo. Es preguntarnos si lo que mostramos al mundo realmente se corresponde con lo que llevamos dentro.

Muchos hermanos y hermanas transitan sus días como si fueran actores en una obra de teatro. Cambian de máscara según el lugar, según la compañía, según el momento. Una para el trabajo, otra para la familia, otra para los amigos. Y así, entre trajes prestados y sonrisas forzadas, van apagando su luz interior. Porque cuando uno actúa todo el tiempo, llega un momento en que se olvida del guión original: el que escribió el alma.

No hay disfraz que no canse. No hay personaje que no termine pesando.

La autenticidad no es solo una virtud; es una necesidad.

Y ese “despertar” del que hablamos es, justamente, el regreso al centro. Al ser el original que fuimos llamados a ser.

¿Por qué nos disfrazamos?

La respuesta es sencilla y dolorosa: porque tenemos miedo.

Miedo al rechazo, miedo a no ser suficiente, miedo a que nos hieran si mostramos nuestra fragilidad o nuestras diferencias. Entonces nos protegemos. Pero esa protección se convierte, con el tiempo, en prisión.

Nos vestimos con lo que creemos que los demás esperan de nosotros, y terminamos abandonando nuestro propio camino para seguir el que creemos que será más aceptado.

Vivimos en una cultura que muchas veces premia la imitación más que la autenticidad. Se valora al que repite, al que no

molesta, al que se adapta, aunque eso implique traicionarse a sí mismo. Pero nosotros sabemos, en lo profundo del corazón, que la felicidad no se encuentra donde se finge, sino donde se es.

La felicidad habita en la verdad, en la coherencia, en la transparencia de ser uno mismo con todas nuestras luces y también con nuestras sombras. Porque ser auténtico no significa ser perfecto. Significa ser real.

Ser auténtico es un acto de valentía.

Es mirar hacia adentro y aceptar lo que uno encuentra. Es abrazar nuestras convicciones aunque no estén de moda. Es defender nuestra forma de ser aunque incomode a otros. Es, en definitiva, vivir con el alma descubierta.

Las personas auténticas no son aquellas que gritan quiénes son, sino aquellas que viven sin necesidad de esconderlo. Su vida habla por ellas. Transmiten paz porque no están en guerra con su esencia. Irradian confianza porque no hay duplicidad en sus actos.

¿Y saben qué es lo más hermoso? Que la autenticidad es contagiosa.

Cuando alguien se muestra tal cual es, nos da permiso a los demás para hacer lo mismo. Desarma prejuicios, rompe con el juego de las apariencias, crea vínculos verdaderos.

En un mundo lleno de filtros, ser genuino es un acto revolucionario.

Y si queremos una sociedad más justa, más solidaria, más fraterna, necesitamos empezar por allí: por personas reales, que digan lo que piensan sin herir, que vivan lo que creen sin miedo, que sientan sin esconderlo, que amen sin condiciones.

Desde nuestra espiritualidad, este tema adquiere una dimensión aún mas profunda. Porque desde la Fe, sabemos que fuimos creados únicos, irrepetibles, pensados con amor. Cada uno con una misión, con un camino propio, con un modo especial de manifestar la luz divina.

Y sería una falta de gratitud —y también de humildad— pretender ser otros.

Dios no nos llama a ser copias, ni versiones editadas de nosotros mismos.

Nos llama a ser verdaderos. A mostrarnos con transparencia, a crecer desde lo que somos, no desde lo que pretendemos ser.

Él no se deja engañar por los disfraces. No se impresiona con las máscaras. No se conmueve con las apariencias.

Dios mira el corazón.

Y cuando ve que alguien se muestra tal cual es, cuando ve que alguien se levanta cada día con la intención sincera de ser mejor sin dejar de ser él mismo, entonces su alegría es completa.

Porque en la autenticidad está también el acto más puro de la Fe: confiar en que tal como somos, con nuestras heridas y fortalezas, somos amados. Y desde ese amor, somos

transformados.

Dejar la máscara no es sencillo. Es un proceso. A veces duele. Porque nos hemos acostumbrado tanto a ella, que sentimos que sin ella, estamos desnudos.

Pero lo cierto es que solo en esa desnudez interior se construyen las relaciones verdaderas.

Las máscaras alejan. Las máscaras engañan. Las máscaras confunden.

La autenticidad, en cambio, une.

No hay vínculo más fuerte que aquel que nace entre dos almas que se reconocen tal como son.

Por eso, este llamado a no disfrazarse no es una invitación superficial. No se trata solo de hablar con honestidad o de mostrarse con espontaneidad. Es mucho más profundo. Es una decisión existencial:

Es decidir vivir sin dobleces.

Es decidir escucharse.

Es decidir priorizar el alma antes que el qué dirán.

Es decidir mirar al cielo con la frente alta porque hemos sido coherentes con nosotros mismos.

Y quien vive así, vive en paz.

No podemos hablar de autenticidad sin hablar del otro.

Porque también es cierto que muchos se disfrazan, porque

nosotros, como sociedad, les exigimos hacerlo.

Entonces despertar, es también, dejar de juzgar.

Es no mirar raro al que piensa diferente, al que se expresa con otro lenguaje, al que no sigue las normas de lo establecido.

Despertar es abrir el alma a la diversidad de lo auténtico.

Es aprender a convivir con almas libres. Es dejar que el otro sea quien es, sin querer modificarlo.

Si todos nos permitiéramos ser y dejar ser, el mundo, tal vez, sería un lugar más infinitamente humano, más simple, más verdadero, más sano.

El alma no necesita levantar la voz, no necesita discursos, ni explicaciones rebuscadas. El alma se expresa en la coherencia silenciosa de los actos.

Y cuando alguien despierta, cuando alguien deja la máscara y se atreve a vivir desde su centro, su alma se vuelve visible.

Se nota, se siente. Se percibe en la mirada, en la serenidad con la que camina, en la paz que transmite, aún en medio de las tormentas.

Porque el que es auténtico, no necesita ganar todas las batallas. Le basta con no traicionarse.

El que es auténtico no compite, comparte.

No aparenta, acompaña.

No se impone, se entrega.

Y eso, eso es luz. Luz que no ciega, sino que guía.

Queridos hermanos y hermanas, la Hermana Teresa nos dice hoy: Despertar y ser auténticos es una forma de honrar la vida.

Es dejar de sobrevivir para empezar a vivir.

Es dejar de actuar para empezar a sentir.

Es abandonar el disfraz que aprieta para respirar con libertad.

Es confiar en que la verdad, por más que duela, siempre sana.

Y que quien se atreve a ser él mismo, aunque le cueste, nunca está solo.

Porque quien camina con la verdad en el alma, camina con Dios.

No más máscaras.

No más disfraces.

No más gestos prestados, ni palabras vacías.

Que cada uno se levante, mire al cielo, y diga:

“Aquí estoy. Este soy. No perfecto, pero sí verdadero. No igual a todos, pero sí fiel a lo que soy. No sin errores, pero sí sin fingir. Aquí estoy, para vivir con el alma despierta y sin miedo.”

Y cuando eso suceda, cuando más hermanos y hermanas se animen a ser, sin esconderse...

Entonces la Tierra será otra.

Y la luz no vendrá solo de las lámparas, sino de las almas encendidas por la verdad.

¡Despierten!

Y sean.

Con todo lo que son.

Con todo lo que pueden llegar a ser.

Pero siempre desde la autenticidad.

Siempre desde la verdad.

Siempre desde el alma.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.

